

RECIO MORALES, Óscar, *Alejandro O'Reilly, Inspector General. Poder militar, familia y territorio en el reinado de Carlos III*, Madrid, Sílex, 2020, 514 pp.

“Propositivo y pragmático, metódico y puntilloso, fiel servidor de Carlos III y su proyecto reformador, infatigable e hiperactivo, enérgico y a veces severo, espontáneo y siempre excesivo, oportunista y demasiado seguro de sí mismo...”.

Con estas palabras describe Óscar Recio Morales a Alejandro O'Reilly, una de las personalidades más desconocidas y controvertidas del siglo XVIII en España y sobre la que, hasta la fecha, y a diferencia de otros ministros de su época como Floridablanca, Aranda u Olavide, solo contábamos con algunos trabajos parciales y que abordaban aspectos muy puntuales de su trayectoria militar y política, firmados algunos de ellos por el autor de esta obra, que ya nos había proporcionado algún adelanto de lo que aquí encontramos. O'Reilly fue uno de los principales generales y reformadores del ejército borbónico y, sin duda, necesitaba de una biografía que superase buena parte de los estereotipos e interpretaciones románticas que se habían hecho sobre él. El libro cuenta, además, con el aval de que quien lo firma es uno de los más reputados especialistas en estudios sobre la presencia y el papel político y militar de los irlandeses en la Monarquía, como lo atestiguan sus anteriores monografías sobre la temática.

A pesar de seguir el criterio diacrónico tradicional del género biográfico, esta obra no constituye una biografía al uso. A lo largo de seis capítulos, desgrana la vida de quien ejerció un papel muy destacado en la articulación del estado y el ejército borbónicos, tomando muy en cuenta el contexto político, económico y social que le tocó vivir. En el capítulo inicial ahonda en los orígenes de Alejandro O'Reilly, cuya salida de Irlanda junto a dos de sus hermanos, para ingresar en el regimiento de Hibernia, formaba parte de un *cursum honorum* similar al de muchos de sus compatriotas, que veían en ello una buena oportunidad de promoción profesional y social en la España de Felipe V. En efecto, las campañas de Italia (1742-46), donde se salvó milagrosamente y quedó cojo de por vida, constituyeron el punto de inflexión de su carrera: en 1753, con solo 27 años de edad, ya era sargento mayor. Su participación como observador militar durante la Guerra de Siete Años fue crucial, en opinión de Óscar Recio. Recomendado en 1758 para el cargo por Ricardo Wall, realizó un verdadero tour por Europa que le permitió conocer de primera mano la organización y funcionamiento de los ejércitos austriaco, prusiano y francés, sobre los que envió a la corte numerosos informes. En ellos comenzó a dar muestras de su enorme capacidad de trabajo, su gusto “enfermizo” por el detalle y sus impresiones sobre el modelo militar prusiano, que lo marcó profundamente y tendría una influencia decisiva en sus futuras reformas. A partir de entonces, su imparable ascenso se sitúa en el contexto político del favor regio dispensado a una serie de ministros extranjeros que, como el propio Wall, Esquilache o Grimaldi, deseaban llevar a

cabo reformas, vistas con recelo por parte de los sectores más tradicionalistas de la corte. En 1760 obtenía grado de coronel y un año después, tras ganarse el aprecio del rey, uno de los dos cargos de Ayudante General de Infantería, con el que podría llevar a cabo su ambiciosa propuesta de reformas tácticas y de modernización del ejército.

Tras la Guerra Fantástica, merced al apoyo prestado por Ricardo Wall, O'Reilly ascendió a mariscal de campo y fue elegido para asesorar al conde de Ricla en su nuevo destino como capitán general de Cuba en 1763, que marcaría el inicio de su estancia en América hasta 1769, período fundamental en su trayectoria y que ocupa el segundo capítulo del libro. La Habana, puerto geoestratégico de primer orden en el Caribe, había sido tomada por los ingleses solo un año antes. La llegada de O'Reilly junto al nuevo capitán general obedecía a la necesidad de llevar a cabo un conjunto integral de medidas que evitaran desastres como el de 1762. Él fue el encargado de proyectar un ambicioso programa de reformas, centrado en la reedificación de las fortalezas de la isla de acuerdo a los nuevos modelos poliorcéticos, la reorganización del ejército ordinario y de las milicias cubanas, con la creación de un nuevo reglamento, ejemplo para otras milicias indianas. Gracias a ello logró la vinculación de la oligarquía criolla a los puestos de la oficialidad, cuyo poder se asentaba sobre el control de la producción y comercio del azúcar, convirtiendo así la milicia habanera en una atractiva plataforma de ascenso social para las elites locales y sus descendientes. Las reformas cubanas sirvieron de modelo para las llevadas a cabo en Puerto Rico, cuyo panorama era aún más desolador. No en vano, consiguió mejorar sus defensas y realizó una descripción pormenorizada y un diagnóstico de las posibles causas del retraso económico de ambas islas, plasmado en sendas memorias. Tras un lapsus de tiempo en España, que coincidió con el motín de Esquilache, su matrimonio con María Rosa de las Casas y Aragorri y su ascenso a Teniente General de los Ejércitos, en noviembre de 1768 se le encomendaba una nueva misión como gobernador en la Luisiana, tras una revuelta criolla. O'Reilly restableció la autoridad en la colonia en poco tiempo mediante un proceso contra los líderes rebeldes que, a la postre, sería explotado por la historiografía francesa para forjar la imagen de un gobernador despiadado. No obstante, Óscar Recio demuestra que aquélla no se sostiene, porque la pesquisa se saldó con pocas ejecuciones ejemplares y el gobernador irlandés, siguiendo el modelo cubano, dirigió importantes reformas militares, comerciales y normativas -creación del primer cabildo municipal-, valoradas positivamente por una historiografía que ha reinterpretado su figura.

Alejandro O'Reilly volvió a Madrid en 1770 y fue nombrado Inspector General de la tropa veterana, milicia y artillería de América, que sumaba al de Inspector General de Infantería desde 1766. Es este período, que va de 1770 a 1774, en el que, a juicio de Óscar Recio, nuestro protagonista alcanzó la "cumbre de su poder", y al que dedica el tercer capítulo. Su progresivo ascenso

en la corte estuvo marcado por el apoyo de Grimaldi, Secretario de Estado, así como el del propio Carlos III, quien le profesaba gran confianza. Ello le valió numerosas mercedes, gratificaciones y honores nobiliarios, en aras de cumplir su gran aspiración de ascenso social y de perpetuar su linaje. Precisamente, O'Reilly aprovechó su nueva posición para aplicar lo que el autor denomina su "ideario militar", resumido en cuatro grandes ejes: 1) cumplimiento estricto de las normas y la disciplina, de ahí su papel determinante en la promulgación de las famosas ordenanzas militares de Carlos III y su intento -muy contestado- de establecer el reclutamiento obligatorio por quintas; 2) dignificación y ejemplaridad de la figura del militar para el mantenimiento de la disciplina; 3) combatir la venalidad -en vano- y establecer el mérito como criterio fundamental para el ascenso en la carrera de armas, pero sin subvertir los tradicionales de antigüedad, valor, extracción social, patronazgo y favor, que él mismo dispensó a muchos de sus allegados; 4) valor especial de la educación y la instrucción en el ejército. A este último prestó especial atención y consumió buena parte de sus energías, para llevar a cabo su proyecto personal más ambicioso y donde cristalizaría su ideario militar, la fundación de la Academia de Ávila. Con base en la instrucción de jóvenes oficiales, trató de lograr un filtro para propiciar el ascenso a la oficialidad de los candidatos mejor instruidos de los regimientos de infantería y caballería, mediante pruebas escritas, y sentar así las bases del futuro ejército borbónico. No obstante, la Academia fue blanco de las críticas más duras de sus detractores y, sobre todo, del conde de Riela, con quien aumentó la tensión desde su nombramiento como Secretario de Guerra en 1772. Riela remitió memoriales al rey, en los que criticaba duramente la precipitación de sus reformas, su despotismo, falta de capacidad, favoritismo, así como el inmenso poder acumulado por O'Reilly y su Academia, donde se empeñaba en subvertir los valores tradicionales de la antigüedad y la sangre.

El cuarto capítulo de la obra, centrado en el desastre de la expedición de Argel de 1775, marca el punto de inflexión en la trayectoria de O'Reilly, cuando se encontraba en la cima de su carrera. El autor detalla los pormenores de una expedición en la que se embarcaron los mejores oficiales del ejército borbónico y miembros de la nobleza española, los factores de su fracaso y el modo en que aquélla fue considerada una derrota humillante, con amplia repercusión en España. La mayor parte de los cronistas del reinado de Carlos III señalaron al irlandés como el principal culpable, toda vez que esta versión se difundió en pasquines, comedias, coplillas y literatura satírica de la época, donde se ridiculizaba su cojera y se ponía en duda su capacidad y profesionalidad. El autor analiza los fundamentos de esos ataques -origen extranjero, condición de advenedizo, críticas a su modelo militar- y quiénes estaban detrás: el partido aragonés -que buscaba la destitución de Grimaldi- y buena parte de la alta aristocracia castellana, recelosa de sus reformas. Argel, como señala el autor, sirvió para dar más cohesión al proto-nacionalismo anti extranjero que ya había salido a la luz durante el motín

de Esquilache y que en 1775 tenía a O'Reilly en su punto de mira. Un general que, precisamente, no se consideraba a sí mismo extranjero y que siempre había modulado su origen irlandés en función de sus intereses. El episodio fue el detonante de su caída política, del cierre de la Academia de Ávila, del deterioro de su relación con algunos de sus subordinados y hombres de confianza y de su traslado, en octubre de 1775, a la Capitanía General de Andalucía en el Puerto de Santa María, aspecto que se aborda en el quinto capítulo.

El traslado a Andalucía ha sido interpretado por la mayoría de cronistas como una suerte de ostracismo. Sin embargo, Óscar Recio relativiza el alcance de dicho fracaso, pues destaca que su permanencia en el cargo entre 1775 y 1786 superaba con mucho la media de los demás capitanes generales y Cádiz era un destino prestigiado y muy valorado por el estamento castrense. En el Puerto de Santa María desarrolló una frenética actividad relacionada con la defensa de las cosas andaluzas y la situación de los regimientos en la zona, tratando de arrostrar los problemas de la distancia de la sede de la Capitanía con Cádiz, así como los conflictos de competencias con los gobernadores de Cádiz y el Campo de Gibraltar. Asimismo, impulsó obras para la mejora del núcleo urbano, caminos y canales, y llevó a cabo una activa política de construcción y saneamiento, que tuvo su máxima manifestación en las obras del malogrado puente levadizo de San Alejandro. El autor destaca su fervorosa participación en los actos procesionales promovidos por Fray Diego de Cádiz en la ciudad, posiblemente una maniobra para demostrar su catolicidad ante la Suprema en unas fechas en las que le había salpicado el proceso contra Olavide. En 1780, O'Reilly conseguía el traslado de la Capitanía General a Cádiz y era nombrado gobernador político y militar de la ciudad, con lo que salía reforzado. Se adaptó rápidamente a la vida de la urbe más cosmopolita y liberal de Europa, donde existía una importante comunidad mercantil de extranjeros. Allí, al igual que en el Puerto, emprendió un ambicioso programa de obras públicas y de reordenación urbanística, cuya impronta ha perdurado: limpieza y pavimentación de calles, jardines y aseos públicos, promulgación de una nueva ley de arrendamientos urbanos, mejora de las condiciones higiénico-sanitarias de la cárcel gaditana y la realización de proyectos tan importantes como la construcción del Teatro Principal en 1781, la edificación del nuevo barrio de San Carlos para la elite mercantil, según los nuevos esquemas urbanísticos, y el impulso a un nuevo hospicio, de acuerdo a los programas asistenciales ilustrados. No obstante, de todos sus proyectos, el más personal fue la fundación de una nueva Academia militar en el Puerto de Santa María en el verano de 1784, continuación de la de Ávila, con los mismos principios y reglas, pero esta vez abierta al ingreso de cadetes. Y al igual que con su predecesora, la pervivencia del proyecto estuvo vinculada a su futuro político y solo duró hasta noviembre de 1786, poco después de su dimisión en todos sus cargos -excepto el de teniente general-, posiblemente forzada por sus crecientes desavenencias con el nuevo Secretario de Hacienda y Guerra Pedro

López de Leca, criatura de Floridablanca y máximo instigador del cierre de la Academia, tras someterla a una intensa fiscalización.

El sexto y último capítulo del libro se centra en los últimos años de vida de O'Reilly, después de su regreso a Madrid en junio de 1786. El período estuvo marcado por su posicionamiento en el bando del conde Aranda en su enfrentamiento con Floridablanca, saldado con la orden de alejamiento de la corte de los principales generales borbónicos, entre los que se encontraba el propio O'Reilly. El autor señala como punto de inflexión la muerte de Carlos III en 1788, su principal protector, que para él supuso un importante revés. Sus últimos días se desarrollaron en el contexto político de la caída de Floridablanca y Aranda, así como el fulgurante ascenso de Godoy, en medio de la crisis originada por la guerra contra la Convención francesa, entre 1793 y 1795, conflicto en el que desaparecerían algunos de los generales españoles más importantes, entre ellos el propio O'Reilly: el 22 de marzo de 1794 moría en Albacete, cuando iba a tomar el mando del ejército de Rosellón. Como señala el autor, durante sus últimos meses de vida trató de asegurar la continuidad del linaje. Para ello decidió enviar en 1792 a Cuba a su hijo y heredero, Pedro Pablo, segundo conde de O'Reilly, quien había casado por poderes con la hija de los condes de Buenavista, una de las familias de hacendados más ricos de la isla. De este modo alejaba a su vástago de una Corte donde su apellido podía pesar demasiado y buscaba afianzar los lazos de la familia con Cuba, donde O'Reilly gozaba de gran prestigio entre las elites locales. Óscar Recio analiza el proceso de ascenso social y de criollización de Pedro Pablo O'Reilly y muestra cómo, a pesar de ingresar en la nobleza del regimiento de infantería de Cuba con grado de coronel, se desinteresó por la milicia para convertirse en un destacado representante de la elite política y económica criolla, con la que se identificaría políticamente durante el complicado contexto de la Guerra de Independencia y la Restauración de Fernando VII.

El legado de O'Reilly, al que Óscar Recio dedica las últimas páginas de la obra, estuvo marcado por su fuerte personalidad, un buen conjunto de reformas urbanísticas que dejaron una profunda huella en el Puerto de Santa María y sobre todo en Cádiz, así como su verdadera obsesión por el fomento de la educación y la formación de un verdadero espíritu de cuerpo profesionalizado en el ejército borbónico, que se dieron de bruces con la realidad de su época. Uno de los aspectos más interesantes es el contraste entre la fama que le precedió en territorio peninsular y una mucho mejor consideración en tierras americanas: en Puerto Rico, donde su informe sobre la economía y la sociedad de la isla constituye un documento histórico de altísimo valor; la Luisiana, donde su papel como gobernador eficiente y reformador ha sido revalorizado por la historiografía y la literatura de ficción norteamericana; y, muy especialmente, en Cuba, donde el apellido O'Reilly y su legado han permanecido con gran fuerza hasta nuestros días.

El libro que reseñamos, no cabe duda, viene a llenar el vacío historiográfico que hasta ahora existía en torno a la figura del oficial irlandés. En la línea de otras monografías precedentes firmadas por el autor, es un trabajo sólido y riguroso, de redacción impecable, escrito con estilo claro y preciso, basado en un arduo y largo trabajo de investigación sobre un importante corpus de bibliografía y documentación inédita de muy diversos archivos internacionales, nacionales y de ámbito local, amén de contar con otros aspectos positivos, como el listado de los personajes que aparecen en la obra, el cuadro cronológico final y un índice onomástico, siempre útiles en este tipo de monografías. La investigación de Óscar Recio se inscribe en la corriente de renovación historiográfica representada por autores como Francisco Andújar, Miguel Ángel Melón, Manuel Reyes García Hurtado, Thomas Glesener o Rafael Torres Sánchez, quienes, a partir de investigaciones sistemáticas sobre nuevas fuentes de archivo, vienen superando apriorismos y arrojando nuevas luces sobre la organización, financiación, estructura, dimensión social y cultural y el papel político de la oficialidad y el ejército borbónicos. Por todo ello, y por otras muchas razones que el lector encontrará en sus páginas, aconsejamos vivamente la lectura de este libro, que marca un antes y un después en el conocimiento sobre la figura de Alejandro O'Reilly.

*Antonio Jiménez Estrella*